

LA LECTIO DIVINA: UN TIPO DE RELECTURA³¹

Leer, lo que verdaderamente se llama leer, es siempre una experiencia de vida. Los filósofos precisan cada vez más los mecanismos y las razones de esto, las estructuras³². Los poetas, por su parte, reivindican una especie de renovación de creación del poema, no solamente en el momento en que se escribe sino cada vez que se lo lee y que se lo relea³³. Los exégetas, atentos a la vida del texto sagrado, toman las diversas relecturas como otras tantas etapas de la manifestación de su sentido³⁴... ¿Y cómo olvidaría el monje que su actividad de *lectio divina* cada día le abre un poco más esos horizontes que se dilatan en el universo de las Escrituras?

Oigamos al abad Isaac. Conversa con Casiano acerca de la oración. El monje que quiere avanzar por sus caminos no deja de alimentarse con los sacramentos de la Escritura.

“Vivificado por ese alimento, se compenetra hasta tal punto con los sentimientos expresados por los salmos que, de ahora en más, los recita no como habiendo sido compuestos por el profeta sino como si él mismo fuera su autor y como una oración personal con sentimientos de la más profunda compunción; por lo menos piensa que han sido hechos expresamente para él y sabe que lo que expresan no solamente se ha realizado antaño en la persona del profeta, sino que todos los días se cumple en él³⁵”.

¿Qué sucede entonces cuando un monje se aplica a buscar a Dios escrutando las Escrituras? Toma el libro –un libro que más o menos directamente ha recibido³⁶–, lo abre, lo lee y luego lo cierra. Estos pasos ya dicen mucho, tal como ha sabido sugerirlo el escultor de la puerta Norte de Chartres. Dice el texto sobre la Vida benedictina: “Una lectura orante, sosegada y asidua, vivida en la fe y en el amor³⁷”.

Para los que temen el aspecto fácil, es decir ingenuo de una lectura semejante, precisemos en seguida lo siguiente: la *lectio divina* es también una lectura “seria”. Por lo que en ella se juega, no puede prescindir de esa verdad que la crítica científica intenta aprisionar y que, por otra parte, no es simplemente la *veritas hebraica*. Guigo el Cartujo decía esto, a su modo, en *La escala de los monjes*: “La lectura es la inspección cuidadosa de las Escrituras realizada con espíritu atento... La lectura, pone como un sólido alimento en la boca³⁸.” Sabemos que la *meditatio* sigue a la *lectio*. La meditación tritura y mastica el alimento provisto por la lectura. Y esta meditación, prosigue Guigo, “es el acto de

³¹ De *Lettre de Ligugé*, N° 154, 1972. Tradujo: Hna. Isabel Guiroy, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

³² No es cuestión de exponer aquí una bibliografía que ilustrarían los nombres de Barthes, Chomsky, Foucault, Jakobson, Lacan, Lévi-Strauss, Mouloud... Bástenos indicar un sugestivo artículo del P. RICOEUR, “*Structure et herméneutique*” en *Esprit*, noviembre de 1963, y, del mismo autor, “*Exégèse et herméneutique*” en las *Actes du IIe Congrès de l’A.C.F.E.B.*, Paris, 1971. En lo concerniente al lenguaje de la fe, ver el libro de J. P. MAGNIGNE, *Pour une poétique de la foi*, Paris, 1970.

³³ Ver Pierre EMMANUEL, *Choses dites*, Bruges, 1970, pp. 135 ss.: la relectura de “La jeune Parque”. J.-Cl. RENARD, *Notes sur la poésie*, Paris, 1970, pp. 23, 39, 47...

³⁴ Recordamos la importancia que A. GELIN le daba a la relectura del salterio por la comunidad de Israel y del nuevo Israel: ver, por ejemplo, *Problèmes d’Ancien Testament*, Paris-Lyon, 1952. Acerca de la hermenéutica bíblica tampoco faltan trabajos. Recordemos simplemente a X. LEÓN-DUFOUR, *Etudes d’Evangile*, Paris, 1965, pp. 39 ss.; H. CAZELLES, *Ecriture, parole et esprit*, Paris-Tournai, 1971.

³⁵ JUAN CASIANO, *Conferencias*, X,11.

³⁶ Cf. RB 48: “In quibus diebus Quadragesimae accipiant omnes singulos códices de bibliotheca”.

³⁷ *La vida benedictina*, proposiciones aprobadas por el Congreso de Abades OSB de 1967. Ver por supuesto, el número especial de *Collectanea Cisterciensia* dedicado a la *Lectio divina*, tomo 32, 1970, 3. [N.T. Ver también *Cuadernos Monásticos* 38-39, 1976].

³⁸ PL 184,476. Ver *CuadMon* 42, 1977.

un espíritu ávido de conocer”, el espíritu de un creyente que busca comprender, que busca amar más, y penetrar en la espesura del misterio de la fe.

Hay una especie de clima donde lo científico se mezcla con lo teologal. El resultado de esto no es forzosamente cualquier confusión inadmisibles, sino más bien, más allá de lo que se puede denominar interacción dialéctica, el acontecimiento por el que se señala toda verdadera lectura de un texto que atrae o por el cual uno es atraído. La distancia entre el autor y su lector se convierte en comunicación. El texto deviene un lugar de conocimiento, de reconocimiento. A través de las palabras, que ahora son signos de inteligencia recíproca, el lector se apropia de la experiencia del escritor. Lo que se comunica es una palabra de vida. No solamente porque es la chispa que determina una conversión preparada por una marcha interior más o menos secreta: Antonio que toma las palabras de Jesús al joven rico como un aviso dirigido a él, Agustín que obedece al refrán *tolle! lege!* como a una orden divina de abrir el libro del Apóstol y leer el primer capítulo que cayera bajo sus ojos³⁹. Más simplemente, ese texto, esa palabra nos alcanza porque despierta en nosotros un gusto secreto. Nos gusta. La releemos. Suscita en nosotros la reflexión. Quizás, por otra parte, este despertar de un gusto secreto está ligado a la memoria, al recuerdo de otras lecturas, de otros descubrimientos. De todos modos, esta experiencia nueva nos introduce más profundamente en el conocimiento de lo real. Hace que el hombre sea más hombre: ya sea porque amplía su conocimiento sobre el universo que Dios le ha dado, ya sea porque, a la luz de lo que la lectura le hace vivir, comprende mejor quién es él. Mil pequeños signos de tinta sobre una hoja de papel: la lectura no solamente revela su mensaje, sino también su poder creador. Nada está gastado. Nietzsche decía incluso: “El hombre deviene un hombre por la facultad que tiene de hacer que el pasado sirva a la vida y de rehacer historia con el pasado⁴⁰.”. Se puede objetar que el hecho de apelar a este gusto secreto para producir el acuerdo que da a la lectura su plenitud armónica, puede convertirla en una pura experiencia estética. ¿Pero por qué negaríamos a la vía estética el acceso a la verdad? ¿Acaso la misma atención del monje a las realidades invisibles no revela en él cierto temperamento admirativo? Sin ser el de los “maravillados” de los pesebres provenzales, este temperamento admirativo es el asombro de que las cosas sean lo que son. Que haya ser, diría Heidegger. Pero sabemos que ya para Aristóteles este asombro era el comienzo de todas las ciencias. Aquí se trata del misterio de Dios. ¿Quién no se maravillaría con san Pablo de sus dimensiones insondables? ¿Quién no acudiría a Cristo, seducido por su palabra, junto con las muchedumbres que tan a menudo nos muestra san Lucas maravillándose y dando gracias? ¿Y no será la admiración uno de los rasgos que podrían caracterizar la manera de reflexionar de los monjes de la Edad Media sobre los misterios de la salvación, releendo sin cesar los textos que los expresan?⁴¹.

De hecho, esta admiración y este gusto que hace saborear las cosas de Dios, son sentidos espirituales. El Espíritu es quien los afina en aquellos que viven bajo su moción⁴². La *lectio divina* es precisamente una lectura espiritual en el sentido más fuerte de esta palabra. Lo que ya sucede como naturalmente con toda lectura donde se opera una comunicación de vida, se realiza *a fortiori* cuando están en juego las realidades sobrenaturales. El acontecimiento del pasado deviene un hoy porque el Espíritu lo actualiza: del mismo modo que en la liturgia eucarística, donde la *anamnesis* sigue a la *epiclesis*. El Espíritu da vida a la letra de la oración. La lectura no puede ser chata. La palabra se convierte en verbo. Una luz la ilumina desde su interior y una vida la anima⁴³. El Espíritu que Jesús glorificado entrega a los suyos (*Jn* 14,26), recuerda entonces todo lo que El dijo, todo lo que El hizo. Introduce en la verdad total (*Jn* 16,13). Revela el sentido de todo lo que el hombre deletrea, devolviéndolo sin cesar al Verbo. Transfigura la letra como en la montaña, cuando la voz del Padre en la nube luminosa dice quién es este Hijo en quien todo el designio de la benevolencia divina se ha manifestado.

³⁹ S. AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII,29-30.

⁴⁰ F. NIETZSCHE, *Segunda consideración inactual de la utilidad y de los inconvenientes de la historia para la vida*, 1874.

⁴¹ Cf. J. LECLERCQ, Introducción a Balduino de Ford, *Le sacrement de l'autel*, coll. “Sources Chrétiennes” 93, Paris, 1963, pp. 47-51: “La théologie admirative”. Traducción castellana: *Sacramento del altar*, colec. Padres Cistercienses N° 3.

⁴² Este afinamiento de los sentidos espirituales, deberá encontrar como un clima privilegiado en la liturgia. Cf. *La Liturgia après Vatican II*, Paris, 1967, 3a. parte, “L’homme de la liturgie”.

⁴³ Cf. GREGORIO DE NACIANZO, Poemas “sobre sí mismo” 11, v. 297, PG 37,1050: “La luz que da el Espíritu en la contemplación (*theoria*) del Verbo (*logou*)”.

Pero el Espíritu remite también a la Iglesia. El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!” (Ap 22,17). La Liturgia ofrece sin duda de un modo privilegiado, el ejemplo y el lugar de cualquier relectura del texto sagrado. Lo hacía ya la Liturgia del Templo y lo hace la Liturgia de la Iglesia para los cristianos de hoy. Y la lectura de la Escritura que hace el monje, ya sea en el secreto de su celda o compartiéndola de un modo u otro con sus hermanos, se inscribe en toda la historia de toda la Iglesia. La misma Tradición asegura el pasaje del Libro de generación en generación, e incluso en esto establece una especie de interacción incesante entre los acontecimientos, los testigos de Dios y de la Iglesia y cada uno en la comunión de toda la Iglesia, en su lugar en el espacio y en el tiempo. Nosotros, por supuesto, seremos más sensibles a este fenómeno dentro de los límites de nuestro tiempo. Pero la cadena se remonta en el tiempo: aunque nuestros métodos de lectura ya no sean los de nuestros antiguos, lo esencial sigue siendo lo mismo. “Te suplico que estudies, escribía san Gregorio Magno a uno de sus correspondientes, medita cada día las palabras de tu Creador. Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras mismas de Dios⁴⁴”.

Hoy como ayer, pero renovada en su actualidad a lo largo de las generaciones humanas e incluso de nuestros propios años, resuena la Palabra del Señor en su lección inaugural de Nazareth: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.” (Lc 4,21). Se cumple en cada una de nuestras vidas, en beneficio de toda la Iglesia. La luz del Espíritu que se nos da es una luz común. En este sentido, no es éste o aquél quienes se adentran en el misterio, quienes penetran más en la espesura del sentido, sino el conjunto. Se dirá que esto es evidente, por supuesto, cuando se trata de los teólogos. ¿Pero en qué puede interesar la *lectio divina* solitaria a la asamblea de los fieles? En que, por medio de la expresión de las inteligencias, de los corazones y de los cuerpos humanos, el lento trabajo de renovación de la Palabra continúa pasando al espacio y al tiempo. El *sensus ecclesiae* no puede economizar este sostén “carnal”, diría Péguy. Se realiza aquí un lento trabajo de germinación secreta, que permite fructificar a la semilla. En esta tierra carnal y buena, la Palabra continúa viviendo. Su desarrollo es homogéneo, sin solución de continuidad. Algunos hombres y mujeres no cesan de meditarla en su corazón, en vistas a su pleno cumplimiento, como la Virgen María. Y como ella, responden en sí mismos de este modo al proyecto de Dios del que habla Isaías: “... así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí vacía sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié” (Is 55,11).

Por eso también, estos hombres y mujeres que leen en el silencio y la soledad, trabajan honestamente para dar una respuesta a las necesidades de su tiempo. Ya que si la vida de un texto depende de que haya siempre ojos para leerlo y labios para decirlo, esta vida depende también de la comunidad visible o invisible que se reúne alrededor de ese libro. Conocemos el papel que ha jugado la primera comunidad cristiana en la elaboración y redacción del mensaje evangélico. Pero en cada época de la historia de la Iglesia, la transmisión del mensaje, su Tradición, ha exigido un esfuerzo de traducción para hacer avanzar la herencia recibida. Para que a esta traducción no le faltara su peso de interioridad, fue necesario ese trabajo perseverante, oscuro pero esencial, gracias al cual los hombres de ese momento, de ese rincón de la tierra, asimilaban y adaptaban la Palabra. Sin el terreno ¿qué sería de la semilla?

Seminaria aedificationis populi christiani: el Vaticano II desea que los monasterios sean semilleros de la edificación del pueblo cristiano. No se podía traducir por seminario. En cambio es significativo el matiz de esta palabra que relaciona vitalmente al monasterio con esa semilla que es la Palabra. De este modo, el monasterio es un medio vital donde germina la palabra que construye al pueblo cristiano. El monasterio –los claustros del monasterio y la comunidad– pero también cada uno de sus miembros que, por su manera de leer y de releer la Escritura, le ofrece un punto de inserción, de recreación y de redención en el universo de hoy.

Wisques, Francia

⁴⁴ GREGORIO MAGNO, *Cartas* V,46, a Teodoro.